



Teología de las imágenes, historia de la mirada

Jean Robert

Recordemos al segundo mandamiento: "No harás ninguna imagen esculpida de nada que se parezca a lo que está arriba en los cielos, aquí en la tierra o en las aguas, abajo de la tierra. No te postrarás frente a tales imágenes ni les prestarás servicio. Pues yo, YHWH, tu Dios, soy un Dios celoso que castiga la falta de los padres sobre los hijos, los nietos y los bisnietos para los que me odian, pero que hago gracias a miles, por los que me aman y guardan mis mandamientos." (Deuteronomio 5.8)

De las tres tradiciones del Libro, dos, la hebraica y la islámica han tomado el segundo mandamiento al pie de la letra. La otra, la nuestra, ha hesitado, transigido, transgredido, interpretado. Ha erigido "la cuestión de las imágenes" en un debate teológico primordial. Según el dominico francés Bernard Boepflug, ha elaborado una teología iconológica extremadamente coherente y, según el mismo, también se ha librado a lo que él llama la libido

✍

videndi, la pasión casi libidinosa de ver lo velado, de volver visible lo invisible.

En la cultura cristiana de Occidente, la imagen, o mejor dicho, el que contempla imágenes tiene, en el fondo de sí, un rezago de mala consciencia. Las obras de Leonardo, Miguel Angel, Rembrandt, y hasta de Fra Angélico y Giotto son, en cierta manera, frutos de la desobediencia al segundo mandamiento. A fortiori lo son los modernos sonogramas o las imágenes del "planeta azul" desde el espacio interplanetario. Este malestar frente a las imágenes es parte de la cultura occidental desde sus orígenes medievales.

En 726, el Emperador de Bizancio León III, después de haber vencido a los musulmanes, quitó la imagen del Cristo glorioso que adornaba la gran puerta de su palacio y la sustituyó por una cruz desnuda. Este gesto de deferencia hacia la austeridad iconológica de los vencidos desató un debate despiadado, que duró varias generaciones, a veces con violencia y guerra. ¿Pueden los cristianos postrarse y rezar frente a imágenes? Los partidarios del Emperador, los iconoclastas (destructores de imágenes) hacían valer



que esto era idolatría. Por su parte, los iconodulos (devotos hacia las imágenes) mantenían que, desde los orígenes de la Iglesia, el culto de las imágenes era una forma legítima de devoción.

La pregunta fue planteada y debatida en el Segundo Concilio de Nicea en 787. La opinión de Juan de Damasco prevaleció. Este hizo ver al Concilio que la imagen cristiana es esencialmente distinta de los ídolos de los gentiles. La imagen cristiana o icono no niega su naturaleza de artefacto. Es tela o madera o piedra con pintura, y la imagen que forman estos materiales no es más que el typos de un ser invisible, el prototypos, generalmente Cristo o la Virgen. Ahora bien, durante la contemplación del icono por el feligrés, el prototypos puede, por voluntad propia, manifestar su presencia atrás del typos. La contemplación del icono se transforma así en una forma de epifanía o de revelación. No pensamos suficientemente en la dignidad que esta idea teológica dio al icono, ni en la manera como la imagen fue humillada en épocas ulteriores.

Esta teología iconológica, que concluyó el último gran intento cristiano de seguir el segundo mandamiento al pie



de la letra, insiste en el carácter activo de la mirada. La relación con la imagen es epifanía cuando la mirada de Cristo o de la Virgen responde a la del devoto, que, de repente, existe más intensamente bajo esta mirada porque es re-conocido por ella.

En sus conferencias sobre la custodia del ojo, en la universidad de Bremen en Alemania, Iván Illich insistió en que la ética de la mirada, que postula la dignidad inalienable del otro, debe partir de un entendimiento de la historicidad de ésta. De misma manera que un texto es lo que es dentro de cierta etología de la lectura (es decir: de los gestos, del comportamiento físico y mental que acompañan, en cada época, el acto de leer), la manera en que manchas de color, texturas y líneas o puntos llegan a constituir imágenes y las cualidades de estas se deben interpretar dentro de la mirada propia - Illich dice: del régimen scópico - de cada época.

Aparentemente, el mundo contemporáneo es, más que ningún otro, invadido por imágenes. En los libros de texto, la "imagen" ha llegado a prevalecer sobre el texto: "imágenes" de lo que, por su dimensión o su distancia,



queda vedado al ojo desnudo (átomos, espermias, cromosomas, el interior del útero o paisajes marcianos) o representaciones gráficas de lo que no tiene forma visible porque no tiene existencia concreta (la curva de descenso del PNB). ¿Serán estas "imágenes" la culminación de la libido videndi que caracteriza a Occidente? Y, si lo son, ¿son aún imágenes, o son quizás el producto sin nombre de una época ya post-iconológica, porque humilló la imagen hasta su casi-extinción en la plétora?